





ediciones**Carena**

Primera edición: abril del 2015  
© Víctor Vegas  
© Ediciones Carena  
c/ Alpens, 8  
08014 Barcelona  
Tel. 934 310 283  
[www.edicionescarena.com](http://www.edicionescarena.com)  
[info@edicionescarena.com](mailto:info@edicionescarena.com)

Diseño cubierta: Cristina Alujas  
Corrección: Elena Serrano  
Maquetación: María Ríos  
Depósito legal: B 10217-2015  
ISBN: 978-84-16054-80-0

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público.

# La edad del rock and roll

Víctor Vegas



*A Irma De Sousa*





*La música llega adonde el lenguaje no podrá llegar nunca*

Tomas Tranströmer

*Matter is fact.  
So spirit must be fiction*

Saul Williams



## **PRIMERA PARTE**



*You are every move you make*

Yes



«¡Ahora! ¡Salta!».

La nube de polvo levantada en los últimos metros por la *pick-up* dificultaba la visibilidad. Antes de saltar vaciló unos segundos.

Tan pronto sus pies tocaron el suelo, pese a los millones de partículas que danzaban en desorden frente a sus ojos, pudo divisar a lo lejos la estela de la otra polvareda. Esa otra polvareda que iba formando la estampida humana a la que los agentes de seguridad acababan de dar acceso a la Ciudad del Rock. De inmediato supo que hacia ella tenía que dirigirse, correr hacia su encuentro sin dilación y con toda la energía que pudiera imprimirle a sus piernas.

La idea de colarse en el concierto encaramados sobre la cava de aquella *pick-up* había sido de Toño. Cuando su amigo se lo propuso todavía estaban dentro del autobús. «Entraremos subidos ahí», dijo, al tiempo que señalaba con el dedo, a través de los cristales de la ventanilla, una camioneta Chevrolet C/10 con una cava en sustitución de la tradicional caja al descubierto de la parte trasera. En sus laterales podía leerse *Gelo Carioca*. Ni siquiera se le ocurrió preguntarle a Toño cómo harían para acceder a la cava («Porque desde luego no me imaginaba franqueando la entrada sentado cómodamente dentro de la cabina del conductor»). ¿Para qué? Había comprobado en directo cómo, por más jalados de los pelos que lucieran los planes de

su amigo, hasta ese instante habían funcionado con una efectividad y una precisión sorprendentes.

El trayecto en autobús desde el centro de Río les había llevado alrededor de una hora. En cuanto arribaron al lugar que los organizadores habían designado como estacionamiento —«una explanada de tierra color rojizo, inabarcable, en cuya superficie, donde quiera que se mirara, solo podían verse techos y capots de los miles de carros aparcados»—, Toño ya tenía la solución para sus problemas de acceso a la Ciudad del Rock.

Fue cuando le propuso lo de la *pick-up*.

Apenas bajaron del autobús, corrieron para darle alcance a la Chevrolet C/10, momentáneamente atascada en el embotellamiento. «Yo dejaba que mi amigo se adelantara un poco, unos tres o cuatro pasos, no más, y luego imitaba todo cuanto él hacía. En un primer momento, cuando logramos treparnos a la pequeña plataforma que sobresalía en la parte de atrás de la camioneta y que funcionaba también como parachoques, creí que Toño intentaría abrir la portezuela trasera de la cava, pero contrariando mi idea, continuó trepando hasta el techo». Su amigo ascendió con agilidad por una estrecha escalera que se hallaba justo al lado de la portezuela. Se echó de bruces y arrastró hacia el centro del techo, procurando quedar oculto tras el sistema de refrigeración. Él sonrió y pensó para sus adentros: «A este Toño no se le escapa nada. De este modo no nos descubrirán si a los que están encargados de vigilar los accesos al concierto, antes de permitir la entrada de la *pick-up*, se les ocurriera revisar el interior de la cava». Que ahora que se lo pensaba mejor, por supuesto sería una de las primeras cosas que harían. No le quedaban dudas. Tan rápido como pudo, y como estaba haciéndose costumbre en aquel viaje, reprodujo cada uno de los movimientos de su amigo. Al alcanzar el techo



de la cava se arrastró hasta su lado y allí permanecieron juntos, agazapados.

Cuando la *pick-up* se detuvo en el control de acceso, uno de los agentes de seguridad se acercó y le pidió la identificación y el salvoconducto al chofer. Después de revisar con detenimiento sus documentos, le solicitó que abriera la compuerta trasera de la cava. El chofer le hizo señas a su ayudante y éste abrió la puerta de la cabina, descendió y se desplazó con el agente de seguridad hasta la parte trasera de la camioneta. «Tras una pausa, oí el crujir de unos cerrojos y luego otro breve silencio. Poco después escuché la misma voz ronca de un rato atrás decir que todo estaba bien, que podían pasar. El plan de Toño, una vez más, parecía haber dado los resultados que esperábamos».

A la señal de su compañero, otro de los agentes de seguridad levantó la barrera que obstruía el paso de vehículos.

Sin dar muestras de impaciencia ni apartar las manos del volante, el conductor esperó a que su ayudante regresara al interior de la cabina. Una vez que estuvo dentro, hundió el pie izquierdo sobre el embrague, desplazó la barra de cambios a la velocidad correspondiente y puso de nuevo en marcha la *pick-up*.

Desde su improvisado escondite, con suma precaución, él irguió ligeramente la cabeza y miró hacia atrás. Con no poca sorpresa vio a parte de la muchedumbre que aguardaba intranquila el acceso. Era descomunal y lucía en extremo ansiosa y excitada. «No solo nos estamos colando en el concierto sin entradas, sino que lo hacemos antes que toda esa gente que debe de llevar horas y horas ahí, en esa cola, soportando este solazo», pensó.

—Más adelante hay una especie de *shopping* —escuchó gritar a Toño—. La camioneta va a estacionarse ahí. Cuando lo haga, salta a tierra y corre a todo lo que te den las piernas, ¿ok?

—¿Y hacia dónde corro?

—No te preocupes, apenas toques el suelo, sabrás hacia dónde correr.

«Toño y sus misterios», pensó.

De pronto un ruido sordo lo obligó a volverse y mirar de nuevo a su espalda, en dirección del control de acceso que recién habían superado. «Entonces vi cómo, en forma de estampida, envuelta en un único alarido y una gigantesca nube de polvo, la gente que esperaba y a la que acababan de dar acceso a la Ciudad del Rock, se echaba a correr como loca».

Cuando aquel hombre entró a la sala, todos los que estábamos en el velorio nos volvimos hacia él y nos le quedamos mirando. Era como estar viendo una viñeta de cómic en el instante justo en que irrumpe un personaje importante o hay una escena de acción y el cuadrado resplandece como un sol.

Enseguida escuché que algunos de los presentes empezaban a murmurar y a decirse unos a otros «qué hace aquí» o «para qué ha venido».

El hombre andaba en silla de ruedas, a pesar de lo cual, mostraba ante todos su porte altivo y varonil. Bien peinado e impecablemente afeitado, su imagen transmitía seguridad y fuerza. Vestía traje negro y corbata. También usaba unos lentes de sol bastantes oscuros. Su ropa y sus lentes contrastaban con su tez que era de un blanco intenso como el de la leche.

La silla de ruedas la empujaba una señora muy bonita y elegante, más o menos de la edad de mamá. Ambos se habían detenido apenas cruzaron el umbral de la puerta. Allí permanecieron un rato. En ese lapso mantuvieron una postura impasible, inalterable, gallarda, como si de pronto se hubieran transformado en estatuas de bronce... Parecían no prestarle atención ni a las miradas ni a las murmuraciones de la gente.

«Tranquila», oí que decía en voz baja mi tía Josefina que estaba sentada a la derecha de mamá —yo, en cambio, estaba sentado a su izquierda; a la izquierda de mamá, quiero decir—. «Tú mantente serena y no pierdas en ningún momento la compostura, ¿ok? Déjame hablar a mí». Mamá me cogió de la mano y la apretó fuerte. Giré mi cabeza hacia ella y, por unos segundos, vi su cara. O tal vez deba decir que vi el perfil de su cara. Tenía la expresión rígida y pálida y se notaba que hacía un esfuerzo enorme para no echarse a llorar.

El hombre de la silla de ruedas miraba hacia todos lados, como si buscara algo o a alguien. Cuando por fin nos vio a mamá y a mí, le hizo una señal a la señora elegante y bonita y ambos encaminaron sus pasos hacia nosotros.

Mientras se acercaban, pude ver y detallar mejor el rostro de aquel hombre. No sé por qué su rostro me pareció familiar. No pude ubicar de qué lo conocía o recordaba, dónde lo había visto. Sin embargo, estaba seguro de que lo había visto antes en alguna parte.

Tan pronto estuvieron frente a nosotros, el hombre se dirigió a mamá y dijo, en un tono pausado y que a mí me sonó en extremo gentil, cálido, cercano y sincero: «Mi sentido pésame, Aurora». Supuse que lo había dicho de corazón, que sentía de verdad aquellas palabras que acababa de pronunciar... ¡No como otras personas que había visto desfilar esa misma mañana ante nosotros y exclamar sin sentir las aquellas mismas palabras!

Mamá no dijo nada de inmediato, mantuvo su actitud rígida y distante, pero un rato después movió sutilmente la cabeza en señal de aceptación. La que sí dijo algo fue mi tía Josefina. Inclinando su cuerpo hacia adelante, en dirección del señor de la silla de ruedas, dijo en voz baja: «Aquí no es bienvenido, señor Vargas. Imagino que eso ya lo sabía antes de venir. Así que le agradeceríamos que se marche por donde ha llegado y nos deje con nuestro dolor».

No entendí nada.

¿Cómo alguien podía presentarse en un velorio donde sabía de antemano que no sería bien recibido y encima expresar su pésame de aquella forma tan sentida y honesta como él lo había hecho?

En los labios del hombre de la silla de ruedas se dibujó una breve mueca que no supe discernir si era una sonrisa o un gesto de malestar por lo que acababa de decir mi tía. Justo lo estaba observando cuando se volvió hacia mí y dijo: «Tú debes de ser el pequeño Antonio, ¿verdad?». Yo, sin abrir la boca ni quitarle los ojos de encima, cogí a mamá del brazo y me apreté contra ella. «Tengo algo para ti», agregó y, acto seguido, se abrió la chaqueta del traje y se llevó la mano derecha a uno de los bolsillos internos —en ese momento me di cuenta de que tenía la mano izquierda vendada—. Del bolsillo de la chaqueta sacó una pequeña bolsa de tela gamuzada, de esas que se abren o cierran con un cordón que tienen alrededor de sus bocas, y me la ofreció. Como vio que yo no reaccionaba, que no hacía el menor movimiento para cogerla —solo, de tanto en tanto, intercambiaba la dirección de mi mirada entre la pequeña bolsa y su rostro—, dijo: «¡Cógela! Es un recuerdo de tu padre». Levanté la cabeza y busqué con mis ojos los ojos de mamá. Ella, de nuevo sin decir nada, hizo un gesto de aprobación como el de antes, cuando aquel hombre le había dado el pésame. Yo dirigí otra vez la vista, primero hacia el rostro del hombre, y luego hacia la bolsita que yacía en la palma abierta de su mano.

Por fin, con un ágil y rápido movimiento, la cogí.

«Él quería que lo tuvieras. Me hizo prometerle que te lo entregaría personalmente. Por eso he venido hasta aquí aún sabiendo que no sería bienvenido». Entretanto hablaba, yo continuaba con aquella absurda rutina de alternar mi mirada entre el rostro del hombre de la silla de ruedas y la pequeña bolsa que ahora tenía entre mis manos.

«¡Vamos! ¡Ábrela!», dijo.

Eso hice. Desaté el lazo del cordón que apretaba su boca y la incliné y agité sobre la palma de mi mano. Entonces, del interior de la pequeña bolsa, saltó el reloj más descomunal y fabuloso que había visto en mi vida.

—Tenemos que hablar —dijo Alesia.

Sabía por boca de otros que cuando una chica pronunciaba aquellas palabras nada bueno podía esperarse de lo que vendría a continuación.

Ella y él estaban en la salita de estar de su casa.

Fernando la había invitado a venir porque tenía una sorpresa para ella: el último disco de Air Supply, *Now And Forever*, que todavía no llegaba a las discotiendas de la ciudad. Él fue listo y se lo había encargado al tipo a quien su hermano le compraba esos discos raros que solía escuchar todo el rato. De modo que él y ella serían los primeros en oír, entre sus amistades (en realidad, siendo francos y exactos, eran las amistades de ella), el más reciente trabajo de la banda australiana y podrían presumir de esto durante el resto del año.

*Now And Forever* era una especie de regalo anticipado. En los próximos días Alesia y Fernando cumplirían los primeros seis meses de noviazgo y aquella fecha le hacía particular ilusión a él. En cuanto el contacto de su hermano lo llamó por teléfono y le dijo que ya tenía el disco en sus manos, había salido disparado a buscarlo. Él mismo lo había envuelto en un papel de regalo especial que había comprado en la librería Clip del centro comercial Los Leones. También había comprado una tarjeta y escrito en ella una bonita y original dedicatoria. Nada deseaba más en aquel día que entregarle aquellos obsequios a Alesia para, enseguida que ella los abriera, deleitarse con la

expresión de su rostro y luego escuchar juntos, de principio a fin, *Now And Forever*.

Por eso la telefoneó apenas había regresado de la calle.

Las cortinas se hallaban descorridas y el sol de la tarde se filtraba limpio e íntegro a la habitación de forma rectangular y suelos de baldosas hexagonales. A esas horas del día la irrupción de la luz era de tal intensidad que, para alguien no habituado, la claridad podía antojársele estridente, escandalosa, hasta el punto de llegar a producir desasosiego en almas desprevénidas. Los colores bullían a su máxima expresión dentro y fuera. Más allá de los cristales, de puertas y ventanas corre-dizas, se apreciaba un resplandor apremiante revoloteando sobre el follaje de árboles, plantas y el cuidado césped del jardín.

Fernando se quedó de piedra tras la frase de Alesia. No se la esperaba. Básicamente porque no había sabido —o no había querido— interpretar las muchas señales que en los últimos días le había estado enviado su novia.

Por puro instinto miró hacia el sofá de piel color champán pegado a la pared, adyacente al aparato de sonido. Reclinada sobre uno de sus posa-brazos se encontraba la bolsa con los obsequios en su interior.

Air Supply era el grupo favorito de ambos. *Nuestro grupo, nuestra música*. Lo habían elegido entre tantos otros puesto que, al amparo de *Lost in love*, la banda sonora de su precoz romance, los dos se habían conocido y enamorado, seis meses atrás, durante una fiesta del colegio de ella. En aquellos días felices, que ahora, de repente, parecían tan distantes, ambos juraron que la música de Air Supply sería siempre *nuestra música*.

Fernando apretó los puños y se mordió el labio inferior. Notó que las palmas de las manos le empezaban a sudar como peces.

—He estado pensando... —añadió Alesia.

—¿En qué has estado pensando? —dijo él, ansioso, casi montándose sobre las palabras de ella.

No podía verla, solo escucharla. Estaba dándole la espalda. Las palabras desoladoras de Alesia lo habían cogido a medio camino... Cuando ella soltó la frase que lo había dejado petrificado, él, solícito y emocionado, se disponía a buscar el regalo para entregárselo.

—Pensaba que a partir de ahora mejor deberíamos quedar solo como amigos —dijo Alesia.

Fernando sintió que el estómago se le encogía y que las piernas le flaqueaban. Sin embargo, hizo de tripas corazón, se volvió y miró por fin a Alesia a la cara.

«¡Qué linda es!».

—¿Cómo que *amigos*? ¿Estás terminando conmigo? —dijo tras una pausa.

—Sí. Exacto. Estoy terminando contigo.

—Pero... Pero... ¿Por qué?... ¿Por qué ahora? Si apenas faltan unos días para que cumplamos seis meses de novios...

—No es de ahora, la verdad. Lo había pensado antes. Te confieso que llevo semanas tratando de romper contigo pero tú no me la has puesto fácil.

—¿Que no te la he puesto fácil?

—Es que eres demasiado ingenuo.

—No te entiendo.

—Por favor, te pido que no trates de entender nada, ¿ok? Simplemente he descubierto que tú y yo no somos compatibles.

—¿Que no somos compatibles?

—Somos diferentes.

—¿Diferentes? ¡Si nos gustan las mismas cosas...! El mismo tipo de música, las mismas películas, el mismo sabor de helado...

—No estás entendiendo. No se trata de eso.

—Entonces ¿de qué se trata? ¿De qué diferencias hablas?

Hay un silencio. Alesia mira hacia el jardín. «¡Dios! De perfil es todavía más hermosa... ¡No podría vivir sin ella! De eso estoy seguro».

—Me he dado cuenta de que eres muy niño para mí —dijo por fin.

—¿Qué dices? —dijo él, forzando una sonrisa—. Tú y yo nacimos en el mismo año. Si acaso serás mayor que yo un par de meses y unos días... ¿Lo has olvidado? Tu cumpleaños es en octubre y el mío en diciembre.

—No es un asunto de edades.

—Acabas de decir...

—Me refería a que eres demasiado inmaduro, Fernando.

—¡No hay problema! —dijo él de improviso, de manera jovial, en broma, tratando de drenar la insoportable tensión que había ido ganando la conversación—. Tarde o temprano tendré que madurar, ¿no es verdad? Es cuestión de tiempo. Solo tienes que esperar un poco y tenerme paciencia.

—¿Ves? ¿Te das cuenta de lo que digo? ¡Todo te lo tomas a broma!

—Lo siento. Perdóname.

Hay otro silencio. Esta vez más incómodo y prolongado.

«Antes me decía que adoraba que la hiciera reír».

—Yo sigo enamorado de ti, Alesia. Igual o más que el primer día... —dijo él, y sintió que algo, una materia viscosa y amarga, empezaba a acumularse y a corroerle el fondo de la garganta.

—Pues yo no.

—¿Por qué?

—Por favor, no insistas. No sigas poniéndomelo difícil.

—Solo quiero saber por qué estás rompiendo conmigo. ¿Qué he hecho mal? Tengo derecho a saberlo, ¿no?

—Ya te lo dije.



- No me ha quedado claro.
- Te lo repito: eres muy niño para mí. Yo he madurado y no me interesa salir con chamitos.
- ¡No soy ningún niño!
- Perdona. Quizá no me expresé bien. Claro que no eres ningún niño. Lo que sí eres es un *mentepollo*.
- ¡No digas eso!
- ¿Por qué?
- Porque tampoco soy un *mentepollo*.
- ¿Ah, no?
- ¡No!
- Pues cualquiera que eche un vistazo en tu habitación se daría cuenta enseguida de que sí lo eres.
- ¿Qué tiene de malo mi habitación?
- ¿Que qué tiene de malo?
- Sí. ¿Qué tiene de malo?
- «La primera vez que entró a mi habitación, con el rostro iluminado, me confesó que le había encantado».
- ¡Por Dios! ¡Está decorada como la de un chamo de diez y tú vas a cumplir quince! ¡Quince años, Fernando! ¿Te parece que eso está bien? ¿Crees que es normal?

Se hallaba lejos de ser un prodigio con el balón pero tenía lo suyo, se defendía, pensó para sí. Los había visto peores en el tiempo que llevaba jugando. Por ejemplo, podían apreciarse a granel en esos equipos menores —de los últimos puestos de clasificación— del torneo que cada año organizaban las hermanitas claretianas en el mes de agosto. Cuando se enfrentaba a ellos se sentía un Mario Alberto Kempes o un Nene Cubillas.

Los encuentros de dicho torneo solían realizarse en las canchas de la Casa Comunal, bajo la tutela de las religiosas claretianas, durante parte de las vacaciones escolares. El año pasa-

do su equipo había quedado entre los ocho mejores. Este año, él y el resto de los integrantes, se habían fijado la meta de subir al podio de los premiados. Era algo que suponían factible, al alcance de sus posibilidades, si entrenaban duro y con disciplina. Aunque, para lograrlo, precisaban de algunos refuerzos.

Ahora con mayor razón tras el accidente de Macarrone.

El nuevo no era muy técnico. A cambio ponía corazón y pulmones para recuperar un balón perdido o luchar por otro dividido o incluso ayudar a defender la portería de las envidias del equipo rival. Era combativo abajo y arriba, con o sin balón. Eso le gustaba a él y sumaba puntos a favor del nuevo. No recordaba su nombre. Macarrone se lo había dicho pero lo había olvidado. Por Macarrone sabía, además, que el nuevo llevaba poco viviendo en la urbanización. Él y su familia se habían mudado recientemente. Se habían instalado en la cuadra de las casas de dos plantas de la carrera cuatro. También en esta calle, unos metros más abajo, se encontraban la casa y el abasto de la familia de su amigo Macarrone.

La caimanera que jugaba el nuevo terminó y su equipo, pese al intenso derroche físico y emocional, cayó seis a tres. Él había observado el partido con atención, con ojos de águila. Cuando vio que el nuevo quedaba libre fue hacia su encuentro.

—¡Hola! ¡Me gusta como juegas!

—Gracias —dijo el nuevo, casi entre dientes, y con la mirada clavada en la punta de sus zapatos deportivos.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—Yo soy William —y le tendió la mano con el formalismo y la seriedad que le gustaba mostrar al conocer a alguien.

El nuevo se quedó mirando la mano extendida de William; casi sin pestañar. Por la expresión de su rostro parecía un poco confundido. Sin embargo, luego de unos instantes de duda, por fin alargó el brazo y se la estrechó.

—¿Ya tienes equipo para el torneo de agosto? —él sabía de antemano que el nuevo no podía haber encontrado equipo aún. Digamos que era su manera de abordarlo, de ir directo al grano y a la vez seguir la conversación.

—¿Qué torneo?

—En vacaciones suele disputarse un torneo de futbolito en la Casa Comunal. Supongo que sabes cuál es la Casa Comunal, ¿verdad?

—Sé cuál es.

—Bueno, pues ahí. El torneo lo organizan las hermanitas. ¿No tienes equipo todavía, verdad?

—No.

—¿Te gustaría jugar con nosotros?

—Bueno.

—Has tomado la decisión correcta, ¿sabes? Somos buenos. El año pasado quedamos entre los ocho mejores equipos y este año nos hemos propuesto a dar la pelea para meternos entre los tres primeros puestos.

Por unos momentos ambos se quedaron callados, como mudos. A sus espaldas se escuchaban los gritos y barullos de los muchachos del barrio entregados a la disputa de otra caimanera.

El cielo amenazaba con apagarse sobre sus cabezas. Desde el lado opuesto de la plaza, donde se hallaban los columpios, el tobogán y la rueda, y donde además estaba sembrada la mayoría de plantas, árboles y arbustos de la plaza, comenzó a llegar a sus oídos el tímido murmullo de los insectos nocturnos.

Al cabo de un rato William agregó:

—Soy amigo de Macarrone. ¿Lo conoces?

—¿Macarrone?

—Francisco De Freitas, el hijo de los dueños del *abastico* que hay en tu calle.

—¿El Virgen de Fátima?

—Ese mismo. Bueno, así creo que se llama. Es el único que hay en esa calle. Los martes, miércoles y jueves por la tarde, y algunos fines de semana, él ayuda a sus padres a atenderlo. Es catire, como de tu estatura, tal vez un poco más alto; rellenito y con el pelo liso y los ojos grises. Supongo que lo habrás visto, ¿verdad?

—Claro. ¿Y por qué lo llamas Macarrone?

—En la escuela todos le llaman así.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Debe ser por algo que comen. Él y su familia son extranjeros. De Portugal. ¿Lo sabías?

Volieron a quedarse en silencio. Ambos caminaban despacio, uno al lado del otro, muy juntos, tanto, que en un par de ocasiones tropezaron y se rozaron los hombros sin que uno rechazara instintivamente al otro; como si fueran amigos desde hacía mucho.

Miguel tenía la franela empapada de sudor y, el contacto del aire fresco de final de la tarde, le producía un ligero escalofrío.

Esta vez fue él quien se animó a romper el silencio.

—¿Y tú dónde vives?

—Tres cuadras más arriba de tu casa.

—¿Cerca de la Casa Comunal?

—Ajá. Pero no en la misma calle de la Casa Comunal, sino en una calle perpendicular a ésta, en un callejón que hay a mitad de la cuadra. Bueno, si nos ponemos precisos, vivo a unas tres cuadras y media de tu casa. ¿Te ubicas?

—Más o menos.

—¡Verdad que eres nuevo en el barrio! ¿Cuándo se mudaron tú y tu familia?

—Hace tres semanas.

—¿Y vas a estudiar en la Vicente Salías?

—No. Seguiré en mi colegio actual.

—¿Cuál?

—El República.

—¿El República?

—Ajá.

—¿Y dónde queda?

—En la carrera veintidós con calle catorce.

—¿Antes vivían por ahí?

—Ajá.

—¿Y por qué se mudaron?

—Mi mamá ha tenido que venir a cuidar de mi tía, que es como su mamá. Ella es la dueña de la casa de la carrera cuatro. Está muy enferma, y como no tuvo hijos, no tiene a nadie más que vele por ella. Por eso nos hemos mudado.

William se quedó analizando la respuesta de Miguel. Cada palabra, cada vocal con su consonante. Cada punto y cada coma tratando de establecer las respectivas relaciones consanguíneas que se desprendían de ellas... Por más vueltas que le dio, no pudo sacar nada en claro.

Transcurridos unos minutos, volvió a interrogar al nuevo.

—¿Cómo es eso que tu tía es como la mamá de tu mamá?

—Bueno, lo que pasa es que mi tía en realidad es tía de mamá.

—¡Ah! Entonces tu tía es en realidad hermana de tu abuela y no de tu mamá, ¿no es así?

Miguel asintió.

—¡Con razón! Porque no te estaba entendiendo nada. Es decir, a la que tú llamas tía vendría siendo tu tía abuela, ¿no?

—Eso supongo...

Hubo otro trecho del camino que hicieron en silencio.

—Lástima que Macarrone esté de reposo, sino, juntos te hubiéramos preparado una bonita bienvenida —dijo de repente William.

—¿Tu amigo está de reposo?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No.

—Se rompió un brazo y una pierna.

—¿De verdad?

—Ajá.

—¿Y qué le paso?

—Un accidente. Su bici se quedó sin frenos en una bajada pronunciada y se puso tan nervioso que, al intentar frenar con el pie, en lugar de ponerlo sobre el caucho trasero, el muy bruto lo metió entre los rayos del *ring*.

—¡Guau!

—¿Te imaginas el tortazo que debió llevarse el pobre?

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace una semana.

—Con razón no lo he vuelto a ver en el abasto.

—Está de reposo absoluto en su casa. Tiene enyesado el brazo izquierdo, un collarín y de la pierna derecha, que mantiene suspendida en el aire, le salen, a través de la piel, unas varillas metálicas de lo más impresionante. Tendrías que verlo. Además tiene moratones en la cara y por todo el cuerpo. ¿Sabes? Parece uno de esos monstruos del espacio con los que tiene que luchar Goldar.

—¿Y cuánto tiempo estará así?

—No lo sé. Supongo que meses.

—Pobre.

—Ahora mismo voy camino a su casa. A visitarlo. Le llevo los apuntes de la clase de hoy. Me comprometí con la maestra a que, todos los días, por las tardes, después de hacer mis deberes, le llevaría los apuntes. ¿Te gustaría acompañarme?

—No sé. Es tarde. Me descuidé con el tiempo y le prometí a mamá que regresaría a casa antes de que se hiciera de noche. No se vaya a preocupar.

—Será solo un momento. ¡Vamos, ánimo! A Macarrone le va a encantar que le visitemos. Se pondrá muy contento. Y así le contamos que ya eres parte de nuestro equipo de futbolito. ¿Qué dices? ¿Vienes?

Miguel se detuvo de pronto y adoptó una actitud reflexiva, con la mirada baja, como un rato atrás. William dio dos o tres pasos más y también se detuvo. Luego se volvió hacia Miguel y se le quedó observando.

Un carro atravesó despacio la calle adyacente a la acera donde ambos se hallaban. En los asientos traseros, un niño de cinco o seis años jugaba entretenido. Al verlos, a través del parabrisas posterior, no les apartó la vista de encima. Por fin les sacó la lengua. Ninguno de los dos se dio por enterado.

Al cabo de unos minutos, Miguel miró a William y dijo:

—Está bien. Te acompaño a casa de tu amigo. Pero solo por un ratito, ¿ok?

No quería abrir la boca. Mientras corría a todo lo que le daban las piernas, mantenía la boca cerrada a cal y canto. Sentía que las venas de su garganta se ensanchaban y que su piel, desde el nacimiento del cabello hasta las mismísimas plantas de los pies, se humedecía de un sudor frío y pastoso. «Si lo hago, si abro la boca, me cansaré más pronto de lo que debería. Eso es lo que nos ha dicho el profe de educación física. Así que no debo abrirla, no debo respirar por la boca; no debo...». Minuto a minuto aquella lucha interna crecía a pasos agigantados haciéndose cada vez más y más vehemente hasta no darle cuartel. Sin embargo, consiguió su propósito, logró que sus labios permanecieran unidos, que no se separaran, que se mantuvieran bien apretados, casi sellados... «Una vez dentro, quizá intente bajar un poco el ritmo de la carrera, pero ahora no. ¡Ahora no!».